Andrea Pau

DINO AMIGOS

El monstruo de la laguna dinozoica

DESTINO

Andrea Pau

El monstruo de la laguna dinozoica

Ilustraciones de
Erika De Pieri

DESTINO

Todos los nombres y personajes relacionados en este libro son *copyright* de Atlantyca Dreamfarm s.r.l. y licencia exclusiva de Atlantyca S.p.A. en esta versión original. La traducción y/o adaptación son propiedad de Atlantyca S.p.A.
Todos los derechos reservados.

Textos: Andrea Pau
Ilustraciones: Erika De Pieri
Color: Alessandra Bracaglia

Proyecto y realización editorial Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia
Título original: *Il mostro della laguna dinozoica*
Versión original publicada por De Agostini Libri S.p.A., Italia
© de la traducción: Manel Martí, 2015

Destino Infantil & Juvenil
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2014 - Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Via Leopardi, 8, 20123 Milán - Italia
© 2015 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., Via Leopardi, 8, 20123 Milán - Italia
foreignrights@atlantyca.it / www.atlantyca.com

Primera edición: septiembre de 2015
ISBN: 978-84-08-14520-2
Depósito legal: B. 13.463-2015
Impresión y encuadernación: Cachiman Grafic, S. L.
Impreso en España - Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

SIESTA INTERRUMPIDA

El sol brillaba tan alto y tan fuerte que hasta los peces del río se bronceaban satisfechos.

¡La brisa estival había cedido bajo el peso del calor y la tarde estaba resultando bochornosa! Todavía diría más, tórrida. Aún diría más, ¡sofocante!

Rototom y sus amigos se habían alejado del poblado para darse un refrescante baño en el río, pero en vista de que el agua estaba fangosa y caliente como el caldo de Gedeón, el cocinero, al cabo de poco decidieron hacer un alto en el camino.

—¡Pongámonos a la sombra! —dijo Rototom—. ¡En cuanto abro la boca, el sol me seca la lengua!

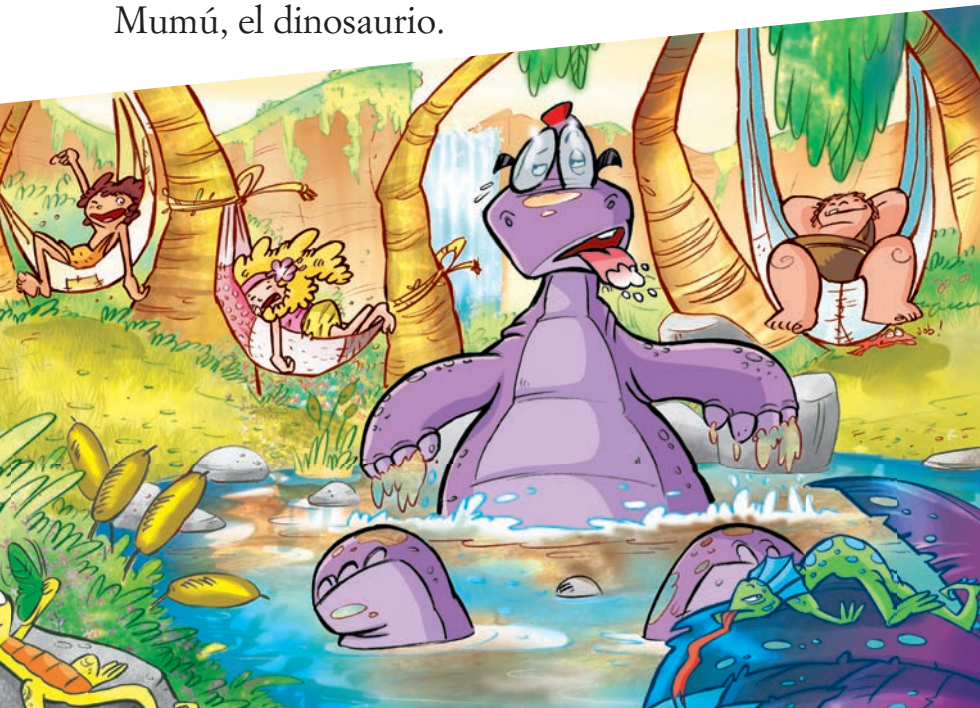
Capítulo 1

—¡Y además es la hora de la siesta! —anunció Granito, que acababa de encontrar dos árboles donde tender su hamaca. Dicho lo cual, dio un salto y... ¡POM!

Aterrizó en su tumbona. A los pocos segundos ya estaba roncando, tan manso como un perezoso prehistórico.

Rototom y Alma lo imitaron, y no tardaron nada en tenderse sobre sus respectivas hamacas.

El único que todavía permanecía en el agua era Mumú, el dinosaurio.



¿Y eso, por qué? Ah, ni siquiera él lo sabía. Incluso masculló:

—Yo también tengo sueño... ¡OUAU! Yo también tengo calor... ¡OUAU! Y yo también quiero descansar a la sombra... ¡OUAU!

Pero como no tenía ninguna hamaca a su alcance, el dinosaurio decidió vaciar su zurrón de viaje y colgarlo entre dos árboles.

En cuanto estuvo listo, se zambulló en aquel lecho improvisado, pero entonces los dos troncos se doblaron bajo su inmenso peso megalítico, el pobre zurrón descendió hasta casi tocar el suelo, se tensó al máximo y... luego lanzó a Mumú hacia las alturas.

¡FIUUUUU!

El dinosaurio acabó entre las ramas de un roble dinozoico, con la barriga sobre un nido de pterodáctilos y un montón de hojas asomándole por el hocico.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡¡¡Bajadme de aquí, por lo que más queráis!!!

Aquel estruendo desveló a los niños de su siesta.

—¡¿Cómo narices has terminado ahí arriba?! —preguntó Granito.

El dinosaurio farfulló:

—Mmm, verás... No estoy demasiado seguro. Me parece que he calculado mal la capacidad del zurrón... la perpendicularidad del salto... el peso específico de mi trasero...

Realmente, el bueno de Mumú era un

dinosaurio muy instruido. Lástima que la instrucción no sirviera de mucho cuando uno se hallaba colgando en plena selva dinozoica, con la cola hacia arriba y las gafas torcidas. Finalmente, los chicos le ayudaron a bajar y se puso a dormitar con precaución al pie de un platanero. Ya había empezado a soñar con un montón de escudillas llenas de leche y patatas fritas (su plato favorito), cuando un fuerte ronquido despertó a todo el grupo.

ZZZZZZZZZZZZZZZZZ...

—¡Mumú, deja de roncar como un rinoceronte resfriado! —protestó Alma, mientras se tapaba los oídos con sus rizos de un rubio intensísimo.

—¡Pero si no he sido yo! —replicó el dinosaurio.

Todos se volvieron en dirección al arbusto de donde provenía el ruido: un enjambre de mosquitos salió disparado hacia los niños formando una estela compacta. Una vieja conocida guiaba a los punzantes insectos...

Capítulo 1

—¡MOSQUI! —gritó Rototom, cuando al fin pudo reconocerla.

Mosqui, en efecto, ya llevaba tiempo viviendo en el poblado de los humanos. No porque le gustase en especial, sino porque allí fue donde aquel grácil mosquito hembra encontró el amor. Ese amor, para más señas, era precisamente él, con su cabellera enmarañada y su taparrabos de leopardo: Rototom.

Desde luego, Mosqui era consciente de que una historia de amor entre un mosquito hembra y un cachorro de humano no era cosa fácil. Pero a ella no le importaba: ¡en la prehistoria es muy difícil dar con tu alma gemela!

Los mosquitos les acribillaron a picotazos.

—¡AY, AY, AY, AY! —gritaban los niños.

Rototom protestó:

—¿Por qué (¡AY!) nos atacáis así (¡AY!)? ¡Pero si no os hemos hecho (¡AY!) nada!

Al final los chicos tuvieron que zambullirse en el río para ponerse a salvo. Todos excepto Granito, que odiaba bañarse y optó por envolverse en su hamaca como si fuera una salchicha.

Los mosquitos, que se quedaron con un palmo de... aguijones, finalmente optaron por alejarse, y entonces una niña de melena rizada y pelirroja asomó tras un árbol, muerta de risa.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —se carcajeó—. ¡Miraos, estáis todos cubiertos de barro!... ¡Parecéis caquitas de apestosaurio!

Alma alzó la cabeza del río fangoso y fulminó a la niña con la mirada.

—¡Espinafina! —exclamó, irritada—. ¡¿Qué estás haciendo tú aquí?!